

En el que se sigue tratando la misma materia que en el anterior.

XXII.

N el mismo momento en que D^a Inés espantada con la presencia de los bandidos lanzó un grito, y cayó desmayada, en la puerta de la estancia se escuchó otro grito semejante.

Era la Apipizca que arrojó el candil con que había alumbrado al Camaleon y á sus compañeros, y que desapareció rápidamente.

Unos hombres armados, á la cabeza de los cuales apareció el viejo marqués de Rio-florido, se presentaron en la puerta de la estancia de D^a Inés.

Los bandidos no pensaron en el primer momento sino en huir, pero aquellos hombres habían cortado la única salida que ellos conocían, y no les quedaba mas recurso que defenderse y abrirse paso con el puñal.

Antes que á todos le ocurrió al Camaleon tomar la iniciativa en la lucha y se lanzó sobre el grupo que acompañaba al marqués.

Sus compañeros le imitaron y se trabó dentro de la estancia un combate encarnizado en el que los de la banda

del marqués llevaban la peor parte, porque todos los ladrones se defendían y atacaban con desesperación: los muebles rodaban, y una despues de otra se apagaron las luces que llevaban los del marqués, y la lucha continuó en la oscuridad, en medio de un silencio que no turbaba mas que la jadeante respiración de los combatientes y el ruido sordo y siniestro de algunos golpes.

El Camaleon había perdido á dos de sus compañeros que yacían muertos; y él con el Pinacate se había replegado á uno de los ángulos de la habitación.

Pero casualmente era allí adonde estaba la puerta por donde había escapado el Señorito.

El Camaleon sintió que había una puerta, probó á abrirla; la puerta cedió sin ruido, y atrayendo en pos de sí al Pinacate, saltó por allí volviendo á cerrar, mientras el marqués de Rio-florido gritaba:

—Traigan luces, traigan luces.

El Camaleon y su compañero no conocían la salida, y siguieron adelante hasta encontrar una ventana que no tenía reja.

El Camaleon se asomó por allí. Daba á un terreno eriazo: la altura era considerable, pero el peligro que les seguía estaba próximo. El Camaleon subió á la ventana y se dejó caer del otro lado; el Pinacate le siguió.

Ninguno de los dos se resintió del golpe: levantáronse violentamente y echaron á huir.

Media hora despues estaban sanos y salvos en la casa de Tlaltelolco.

—El Señorito nos ha vendido—esclamó el Camaleon—me la pagará

—El Señorito y la Apipizca—agregó el Pinacate—los dos.

—Pues nos vengaremos; ¡pobres de ellos!

Entretanto, cosas terribles habian acontecido en la casa de D^a Inés.

Cuando llegaron las luces que el marqués habia pedido, se pudo ver una escena espantosa.

Dos bandidos ¡y cuatro criados estaban tendidos en el suelo, muertos, é inundando con su sangre todo el pavimento: D^a Inés se habia vuelto á desmayar durante el combate, y hasta en su mismo lecho se veian unas manos pintadas con sangre, seguramente de algun moribundo que se habia apoyado allí antes de caer.

Entre los muertos se encontraba el botin que debian haberse llevado los ladrones.

—Señor D. Lope—dijo el marqués á una de las personas que le acompañaban—sin el milagroso auxilio de vuesa merced, yo hubiera sido robado y á mi hija quién sabe lo que la hubiera acontecido.

—Una casualidad ha hecho todo, y vuesa merced nada tiene que agradecerme, porque comision bastante desagradable me trae á su casa.

—¿Qué mandaba vuesa merced, señor D. Lope?

—Despues lo diré; por ahora preciso es atender á la salud de D^a Inés y seguir en pos de los ladrones, que deben estar quizá dentro de la misma casa.

—Razon le sobra á vuesa merced: dos criados quedarán aquí con mi hija y nosotros seguiremos en busca de esos hombres.

El marqués encargó á dos criados que atendieran á D^a Inés, y él, con D. Lope y los demas, siguió registrando la casa.

D. Lope se alegraba interiormente de todo esto porque

le proporcionaba oportunidad de inquirir algo respecto á D^a Laura sin dar á sospechar su objeto.

Porque en efecto, si D. Laura estaba allí, aquellos momentos eran á propósito para encontrarla, supuesto que nadie pensaria en ocultarla.

Registraron así escrupulosamente toda la casa, y D. Lope no pudo encontrar ni un solo vestigio.

La Apipizca fué hallada en una de las piezas interiores, pálida y temblorosa.

—Pobre muchacha—dijo el marqués—¿y cómo escapaste?

—Ocultéme aquí, señor—respondió Marta—nadie vino, y el miedo me impidió moverme.

—Vé á servir de compañía á Inés, y no temas, porque todo pasó.

—La Apipizca, finjiéndose víctima, volvió al aposento de su ama.

Allí reconoció con terror los cadáveres de los dos bandidos, pero vió tambien que ni el Camaleon ni el Pinacate habian muerto.

D^a Inés volvió de su desmayo, y lo primero que exigió fué salir de aquella estancia en donde estaban los muertos, y sentada en un sitial la sacaron de allí los criados.

D. Lope y el marqués llegaron hasta el patio en que se veian los amantes, y comenzaron á buscar entre la leña y madera reunida allí, porque temieron que en ese lugar pudieran ocultarse los ladrones.

El marqués observó casualmente que la puerta que caia para el corral estaba abierta.

—Sin duda—pensó—por aquí se entraron esos hombres: voy á ver.

Y se dirigió á la puerta, y salió con objeto de explorar lo que pasaba fuera.

El Señorito, cuando escapó de la cámara de D^a Inés, salió conforme lo habia dicho á la Apizca á esperar á sus cómplices fuera de la casa para deshacerse de ellos.

Pero lo primero que observó al salir fué al hombre que habia quedado en la cueva.

El hombre aquel dormia; la noche estaba clara y el Señorito pudo reconocerle por uno de los compañeros del Camaleon.

El Señorito sacó su daga y fué acercándose con precaucion hasta tenerle al alcance de su mano, levantó el brazo y le hundió la daga hasta el corazon.

El desgraciado se estremeció, lanzó un jemido y quedó muerto.

—Pícaro menos—esclamó D. Guillen con una horrorosa sangre fria—vamos á quitarme esto, y luego seguiremos con los otros.

Tomó entonces los remos, desató la canoa y embarcándose en ella la dió un lijero impulso hasta llegar á donde la corriente del canal era mas rápida.

Allí dejó los remos, tomó con gran cuidado el cadáver procurando no mancharse con la sangre y le arrojó al agua.

El cadáver se hundió por un instante y luego volvió á reaparecer en la superficie, llevado por la corriente que le hacia ir volteando á cada paso.

El Señorito le contempló hasta perderle de vista, y luego volvió á conducir la canoa á la puerta de la casa de D^a Inés, la ató á la escalinata y saltó á tierra.

—Vamos á ver si llegan—dijo—ya no deben tardar, y con la daga desnuda se puso al lado de la puerta.

Pasó así largo tiempo esperando; por fin oyó rumor y voces dentro de la casa.

—Como nada temen—pensó—no toman ya precauciones.

La puerta se abrió, y el Señorito vió salir por ella un bulto que se detuvo como mirando los alrededores.

Era sin duda el primero de los ladrones que salia á ver si se podia retirar sin peligro.

Así lo pensó el Señorito, y se lanzo sobre aquel hombre, rápido como un relámpago, y le hundió muchas veces su daga en el pecho.

Aquel hombre no pudo ni gritar.

—Otro pícaro menos—dijo el Señorito—estos querian asesinarme; ya la pagarán todos; se olvidaron de quien era yo: apartaré este cuerpo para que no le vean.

Y el Señorito tomó por los piés el cadáver y le arrastró para alejarle de allí, pero entonces salió de la sombra del muro, y la luz de la luna bañó el rostro del cadáver.

—¡Qué es esto!—esclamó espantado D. Guillen—este es el marqués de Rio-florido!

Acercóse á examinarle y reconoció á D. Manuel de Medina.

Entonces oyó dentro del patio que decian:

—¡Señor marqués! señor marqués!

El Señorito se supuso algo semejante á lo que habia pasado; saltó lijeramente en la canoa; y haciendo un supremo esfuerzo se alejó en direccion de la corriente en el momento en que la puerta se abria y se presentaban varios hombres con luces.

D. Lope buscó al marqués y tropezó á poco con su cadáver.

—¡Horror!—esclamó retrocediendo—el señor marqués asesinado!

—¡Asesinado!—repetieron todos agrupándose alrededor del cadáver.

—¿Pero quién puede haber sido? y cómo tan rápidamente?—dijo D. Lope.

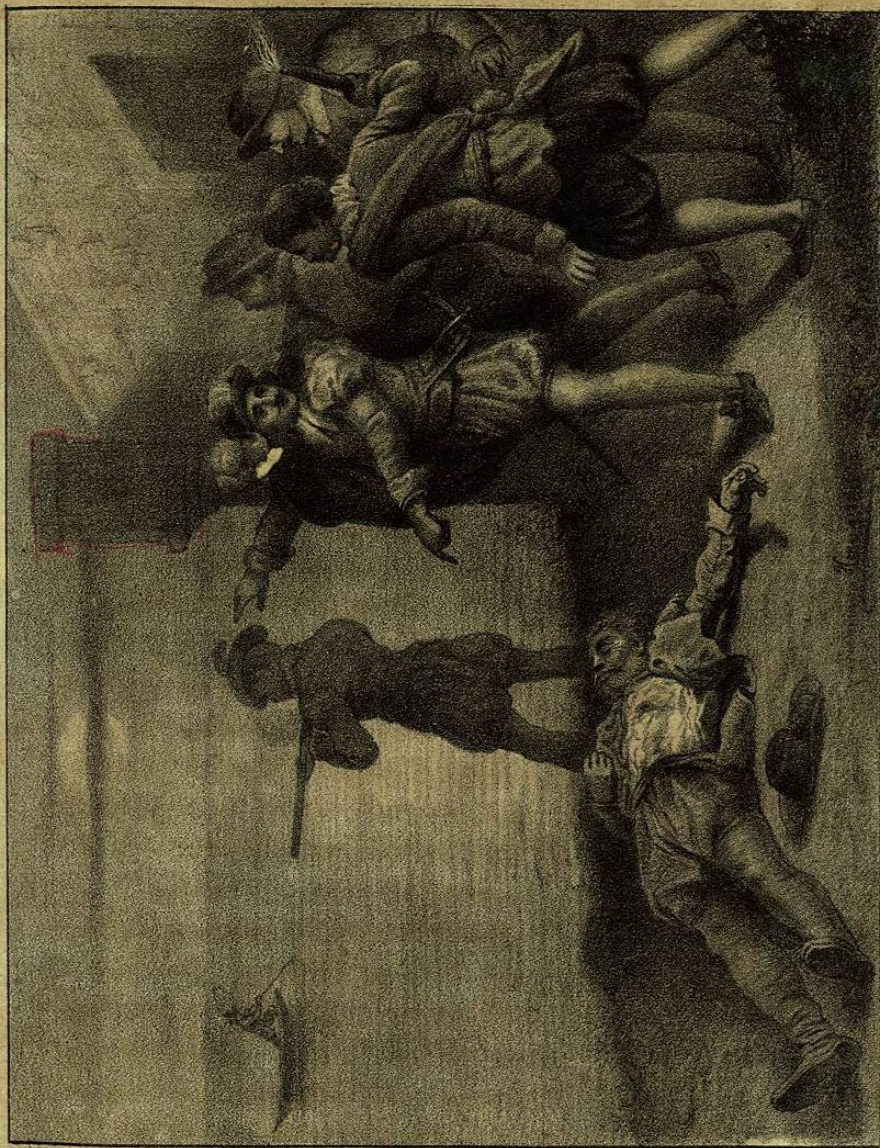
—Señor—contestó uno de los criados—allá vá una canoa con un hombre.

—Ese debe ser, ese—gritó D. Lope—¿pero cómo detenerla?

—Solo así—dijo un criado, y levantando una carabina hizo fuego sobre la canoa.

Todos los que llevaban armas de fuego le imitaron.

El Señorito vaciló un momento, y despues, haciendo un esfuerzo supremo, se alejó perdiéndose entre la incierta claridad de la luna y las sombras de la noche.



LAS DOS EMPAREDADAS.